

## **La Victoria Regia**

Por Carlos Álvarez León

*Por dos largos años lidié los caminos de la selva. Mi trabajo para un organismo internacional como etnólogo era de elaborar un informe e identificación de asentamientos indígenas y colonos, previamente a la llegada de expertos en planes de desarrollo o antropología, en lugares apartados. Para llegar, tenía que caminar largos trechos, o navegar por ríos y caños, algunos infestados de pirañas y temblones.*

*Aquel día me dirigía a un conglomerado de “blancos” en conflicto con los nativos, hecho por demás frecuente, en un sitio alejado de la civilización. Así que tomé, junto con los guías, una de esas trochas que en algunos tramos había que despejar a punta de machete.*

*Habiendo caminado varias horas con el grupo, nos detuvimos para descansar y tomar un refrigerio. Entre tanto, aproveché para alejarme un corto espacio porque de improviso me atrajo la más bella flor del Amazonas: la Victoria Regia. Flotaba abierta y majestuosa en un charco detrás de la maleza enmarañada, que no fue obstáculo para abrirme paso y contemplarla desde la orilla. Lo que nunca imaginé fue que esa imprudencia atrevida sería la causa de la mayor pesadilla de mi vida.*

*Deslumbrado contemplando la flor, me dispuse para volver al grupo, pero perdí la orientación, quedando en el más absoluto desamparo.*

*Después supe que mis compañeros me buscaron frenéticamente por muchas horas ese día y los posteriores, en comisiones con perros que perdían el rastro en las vertientes. Había sido advertido del peligro de apartarme siquiera un poco cada vez que emprendía una travesía parecida.*

*En el sitio de descanso había dejado mi mochila con mis pertenencias, incluida la brújula y el GPS, indispensables cuando salía de comisión, de tal manera que mi indefensión era total. Con el sol no podría haberme orientado por lo tupido del follaje, pues los árboles alcanzan 50 metros de altura, y los rumores de la selva y de la fauna ahogaban cualquier grito de auxilio. Se escuchaba un concierto de sonidos que se apropiaba del ambiente, donde la voz humana era silenciada sin compasión por semejante sinfonía. Las primeras horas fueron desconcertantes, apoderándose de mí un sentimiento de impotencia sobrecogedor.*

*Corría de un lado a otro tratando de contactar a los baquianos, como si un niño se soltara de la mano de su madre entre una muchedumbre indolente.*

*Así transcurrió el primer día. Al caer la noche, vencido por el cansancio, busqué un sitio para dormir en el suelo de un barro rojizo y hojarasca húmeda. Trataba de tranquilizarme, pero no lo conseguí porque mi mente me atormentaba con recriminación y baja de la autoestima. Me asaltaba el miedo a las fieras y, sobre todo, a las serpientes; había oído relatos sobre varias especies de ofidios que infundían temor y aversión: constrictoras, pudridoras, paralizadoras y de otras especialidades.*

*En la madrugada del segundo día, mi cuerpo tenía por todas partes picaduras de insectos que me atormentaban continuamente. Esa mañana comenzaron a inflamarse.*

*Me incorporé para buscar agua que encontré en las hojas de una especie de palma, limitándome a tomarla por gotas que escurrían directamente en mi garganta. Por fortuna, conocía algunos secretos de la manigua que me había revelado la experiencia.*

*Caminé buscando las huellas de lo andado. No sentía hambre, estaba obsesionado por encontrar la trocha inútilmente. Llegó la noche y busqué un sitio donde esperar el día. Con hojas, como pude, hice un lecho improvisado. Bien avanzada la hora, quedé dormido por agotamiento. El sueño no duró*

*mucho porque un extraño zumbido parecido al de un radio receptor cuando pierde sintonía, me despertó con sobresalto; no era para menos, pues sentí que a pocos pasos, pasaba una nutrida procesión de hormigas tambochas, dejando una huella de devastación por la maleza. Me alejé de aquel ejército al borde del pánico, caminando en la oscuridad, sin rumbo, tropezando y cayendo a cada paso. Estaba enterado de la ferocidad de aquellos insectos que iban devorando todo en su avance sobrecogedor; los había observado en otras ocasiones cuando cruzaban el rumbo que llevábamos deteniendo nuestra marcha.*

*A partir del quinto día, fui dominando mi estado de ánimo, decidido a luchar por la vida contra las fauces de la vorágine. Después de tanto andar encontré una quebrada de caudal menor, lo cual me reconfortó porque una vertiente pequeña conduce a una más grande y, generalmente, a sus orillas se asientan los humanos. Mientras divagaba en esas deducciones de consuelo, sentí de pronto un dolor en el brazo izquierdo que iba en aumento. Esa tarde descubrí que tenía una herida infectada, que supuraba y me generaba un dolor intenso, que llegaba a los ganglios inflamados de la axila. Al cabo de dos días, la fiebre y el dolor me postraron; quedé rendido al pie de un tronco infestado de unos gusanos blancos; ahí pasé la noche semiinconsciente. Al amanecer, constaté con pánico que mi brazo enfermo estaba invadido por los bichos del tronco. Tal fue el impacto, que volví a quedar sin sentido, creyendo que me estaban devorando vivo.*

*Al recobrar me, asombrado comprobé que la herida infectada había sido "lamida" por ellos con claros indicios de que comenzaba a sanar con el pasar de las horas. La fiebre comenzó a ceder y la lesión a cicatrizar casi mágicamente, librándome de una gangrena fatal.*

*Recordé entonces esta historia, de los relatos que hacían los indios conocedores de los secretos de la selva, pero jamás se me ocurrió que a mí me tocaría vivirla un día.*

*En medio de mis sufrimientos, aquella curación "milagrosa" me reanimó para*

continuar mi lucha, sin imaginarme que aún faltaban más sorpresas que se ensañarían con mi absurda condición.

Al décimo día escuché el rugido del jaguar que seguramente venía siguiéndome de cerca. Tomé las precauciones que tenía a mano, armándome con un garrote en caso de ataque del felino, que por fortuna no se le antojó hacer de mí su cena. De todos modos era una pelea perdida.

Cuando podía, recogía los frutos mordisqueados que arrojaban al suelo los monos desde los árboles, y yo recogía como mendigo hambriento, pero así eliminaba el riesgo de comer una pepa venenosa. Me alimentaba, además, con otra especie distinta de gusanos amarillentos y gordos de cabeza roja, llamados jojoys, que gracias a aquellas mismas historias escuchadas una y otra vez, había ido asimilando inconscientemente con repugnancia, sin saber que un día me iban a salvar la vida. Los encontraba en los árboles podridos caídos en el suelo al levantar su corteza.

Un día en la mañana, una gran sorpresa iluminó mi rostro: caminaba sin dirección, cuando mi corazón palpitó como un tambor: encontré restos de mi toalla que llevaba de costumbre en el hombro, y minutos antes de perderme había utilizado 12 días antes. Ahí mismo, a un costado, en el charco detrás del matorral, ¡hermosa!, ¡arrogante!, ¡seductora!... como una mujer bajo la lluvia, ¡la Victoria Regia! Entonces comprendí todo:

Había caminado todo el tiempo en círculos sin saberlo, como si la espesura en su laberinto indescifrable quisiera repetirme la carnada.

¡Jugarretas de la selva!

Fue entonces cuando escuché voces en dialecto cofán de indios que transitaban por la trocha. Camino a casa, más muerto que vivo en una camilla improvisada, ellos me hicieron entender lo que faltaba: ¡la selva me quería para ella!